

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

ILMO. SR. D. BENITO SORIANO MURILLO

EL DÍA 1.º DE JULIO DE 1883



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

ILMO. SR. D. BENITO SORIANO MURILLO

EL DIA 1.º DE JULIO DE 1883



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. BENITO SORIANO MURILLO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Propio de toda persona bien nacida se ha reputado siempre el demostrar gratitud por cualquier favor recibido; y cuando el que recae en mí representa el más alto honor á que pueden aspirar los que aman el Arte, excusado será decirlo con cuánta efusión, con qué grata sorpresa supe la honra que me dispensábais eligiéndome para venir á sentarme entre vosotros. Honra inmerecida, debo añadir, aun á trueque de plagiar lo que habéis dicho todos al ingresar en esta ilustre Academia; porque si poseyendo sobrados méritos no os creáis dignos de tan preciado galardón, yo, que os respeté siempre como á maestros ¿cuáles podría ostentar que no quedaran oscurecidos al compararlos con los vuestros? Y no creais que me induzca una falsa modestia á hacer esta pública confesión. La hago, porque abrigo el íntimo convencimiento de mi escaso valer; porque después de todo, la modestia viene á ser como la hoja de parra del talento, y el mío queda velado sin necesidad de aquel primitivo adorno. Habéis de

permitirme que os diga con igual sinceridad, que si no fuese deber ineludible, porque así lo disponen vuestro Estatuto y Reglamento, pronunciar en este solemne acto un discurso acerca de algún punto relativo á las Bellas Artes, no me oiríais ahora desplegar los labios, convencido como estoy de que nada me es dado exponer que no haya sido ya tratado aquí por personas de mayor autoridad, prácticas en todo linage de conocimientos. Pero en la dura alternativa de *ser ó no ser*, de renunciar al honroso puesto que con tanta benevolencia me ofrecísteis, ó pasar por el apurado trance de blandir la pluma como académico, yo, que hasta hoy sólo la empleé en prosáicas epístolas familiares y en oficiales minutas, me resigno á tan dura prueba, y acepto el sacrificio que vuestra ley me impone, el cual nunca será grande si se compara con la magnitud del premio otorgado.

Bien se me alcanza que, salvo algunos genios privilegiados, el artista que ose penetrar en el escabroso campo literario con propósitos de remontarse á las elevadas regiones de la filosofía y de la estética, va en busca de segura derrota, pues ni Platón nació para pintar la Venus Anadyoméne, ni Apeles para escribir los sublimes Diálogos del profundo pensador de Egina. Y sin embargo, señores, aquí se nos somete á tan árdua prueba, á tan cruel tormento. Apelo al testimonio de los ilustres literatos que pertenecen á esta Academia, y particularmente al muy distinguido que me dispensa la honra de apadrinarme, á fin de que se sirvan decirme cuáles no hubieran sido sus angustias si se les hubiese exigido para ingresar en esta

Corporación que pintasen un cuadro, modelasen una estatua, compusieran una sinfonía ó construyeran un palacio. Tal es, no obstante, la situación de los artistas. Acostumbrados á expresar sus pensamientos con el pincel, el buril ó el cincel, difícilmente encontrarán aquellas galas que con tanta facilidad brotan de la pluma del retórico, ó á que da vida la palabra elocuente del orador. Ante tales consideraciones espero que me otorgaréis vuestra indulgencia. Una cosa me alienta, y es, que si el cuadro de un mediano paisajista nos complace cuando éste se ciñe á reproducir candorosamente la naturaleza, porque la verdad siempre agrada, quizás logre yo igual resultado concretándome á hablaros sencillamente, en estilo familiar, con el lenguaje que brota espontáneo del corazón.

Feliz si al terminar este discurso dice uno siquiera de mis oyentes que le ha parecido corto. ¡Quién sabe si va ya pareciendo largo!

Señores Académicos: este día es tal vez el más dichoso de mi vida; y sin embargo, un recuerdo doloroso empaña mi regocijo: ¡Miserable condición humana! Las dichas propias jamás son completas, y raras veces se consiguen sino á costa de ajenas lágrimas. Al verme en este lugar, siento despertarse en mí el recuerdo del que fué vuestro dignísimo compañero y buen amigo mío, del distinguido pintor D. Joaquín Espalter. Unido á él por lazos de simpatía y antigua amistad, no pudo darme su voto cual hubiera sido su deseo; pero por desgracia me dejó su asiento. ¡Triste legado que, aun halagándome, recojo con pena!

Era Espalter artista de corazón, y de talento más só-

lido que aparente. Así en su carácter como en sus obras se mostraba tímido: efecto de su modestia y sencillez. Casi me atrevería á asegurar que bajó al sepulcro sin darse cuenta de lo que valía. Todas sus producciones, y muy especialmente los cuadros de "Dante y Virgilio en el lago de los murmuradores", "Moisés transportado por los ángeles" y "El suspiro del Moro", se distinguen por un estilo sobrio y severo, adquirido en la escuela del Barón Grós y purificado en Roma con el concienzudo estudio que hizo allí de los grandes maestros del Renacimiento. Poseía además el don especial de ver con exactitud y de interpretar bien la naturaleza. Esta cualidad, que parece como que debía ser innata en todas las personas, muy pocas la poseen; observad, sinó, de cuán distinto modo aparece reproducido un mismo objeto copiado por varios pintores: en la obra de unos predomina el color grís, el rojo en la de otros, las tintas verdes ó azuladas en las de aquellos; prueba evidente de que no todos ven bien ni de igual modo. Lo mismo acontece con el oído. Hay pocos que oigan bien, y muchos que oyen mal (no aludo á los sordos). ¿Habéis podido jamás saber la verdad de un suceso ocurrido, si ha pasado ya por boca de varias personas? Cada una al trasmitirlo lo desfigura, lo exagera, lo interpreta según su temperamento ó su educación, y al atravesar el prisma de sus pasiones se descompone como la luz. Esta acromatopía del oído, en la que los sabios naturalistas hasta ahora no se han fijado, que yo sepa, suele ser más perjudicial que la de la vista, por las graves consecuencias que acarrea un hecho tergiversado. A los que duden

que existe, les recomiendo que lean dos periódicos de distinto color político: verán que tratando ambos un mismo asunto, el uno lo pinta negro, y el otro de color de rosa.

Estas ligeras observaciones acerca de la manera de ver, de oír y sentir de cada individuo, fueron motivo no pocas veces de mis conversaciones con el inolvidable Espalter. Al pronunciar su nombre no he podido menos de recordarlas. Descanse en paz el amigo querido: en la mansión de los justos, donde reside el espíritu libre ya de su envoltura, habrá encontrado el premio á las virtudes que le adornaban y ennoblecían.

Siguiendo el propósito que me he trazado, apuntaré aquí, en plática familiar, algo acerca de la influencia que las artes han ejercido en la civilización de los pueblos, y por lo tanto acerca de su importancia. No estará de más repetir cosa tan sabida, si se considera cuán arraigada se halla, en los seres superficiales que viven la mera vida de los sentidos, la equivocada creencia de que las artes no tienen más objeto que entretener el ocio y hacer pasar el tiempo agradablemente. ¿A cuántos de esos no habréis oído alardear, sin sonrojarse, de que no visitan los Museos porque *no lo entienden*, ni van á oír música porque *es el ruido que menos les incomoda*? De ellos pudiera decirse con la Escritura: *tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen*. Los que no sienten el encanto de las Artes, los que no se electrizan al oír una sonata de Beethoven ó una melodía de Bellini; los que no se extasían ante un cuadro de Velázquez, son los únicos seres cuyo estudio puede en cierto modo dar verosimilitud á la extravagante

teoría de Darwing: no proceden ellos del hombre hecho á semejanza de Dios, de quien hemos recibido un alma; descienden en línea directa del cuadrumano vulgarmente llamado *mono*. Porque, señores, saber comprender las inefables delicias del Arte, es saber admirar al gran Artífice, al Supremo Creador de tantas maravillas como nos rodean. En un insecto, en una mariposa, cuyas alas esmaltan los más caprichosos colores, Dios ha prodigado á manos llenas el Arte. Este puede considerarse como flor de suavísimo perfume, que sólo perciben las almas dotadas de sensibilidad estética. Los que no lo entienden así, pueden compararse al que bebe en elegante copa cincelada por Benvenuto Cellini, sin fijarse más que en el sabor del vino.

Pero aun prescindiendo de estos goces que nos proporciona, el Arte es el medio más poderoso de civilización y cultura. Suprimidlo, y no habrá civilización verdadera: por eso la historia de las Artes es la historia de la civilización; advirtiendlo que no sólo entendemos por Bellas Artes las que se desarrollan en el espacio, ó sean las plásticas, que dan forma á la materia, sino también las que intelectualmente se desenvuelven en el curso del tiempo y constituyen con aquéllas un admirable consorcio. Todas concurren á un fin eminentemente civilizador; y así como la arquitectura convierte las masas de materia inerte en cómodo hogar para la familia, ó erige templos á la Divinidad, cuyos símbolos ó imágenes determinan la escultura y la pintura, sus hermanas la música y la poesía constituyen con ellas un todo completo, que eleva al hom-

bre al más alto grado de espiritualidad. Sus facultades innatas de imitación, su anhelo de realizar un ideal supremo, le sirven de estímulo y de guía, y entonces el genio se remonta á las fuentes originarias de la belleza, eterno manantial de inspiraciones. Así vemos que los pueblos jamás alcanzaron épocas de fuerza viril, ni hallaron medio de satisfacer sus necesidades morales sin el concurso de las Artes bellas. A ellas recurren para expresar los más elevados sentimientos de religión y amor de patria, lazos poderosos y base de toda sociedad.

Los emblemas, las imágenes y estatuas, el himno guerrero, la música religiosa, el poema, son elocuentes intérpretes de los más acendrados y puros sentimientos del corazón humano. En ellos reside esa virtud misteriosa que conmueve las almas y las exalta hasta el heroísmo. Si á los que conceden tan escasa importancia á las artes que sólo las miran como fútil recreo, fuera dado suprimirlas, ¡ah, cuán poco atractivo le quedaría al mundo! El aspecto de la tierra, despojada de las galas del arte y reducida á ostentar surcos de arado, corrales y chozas, no sería por cierto muy atractivo. La sociedad, en tan triste hipótesis, incapaz de comprender nada hermoso, de sentir nada elevado y sublime, de crear nada capaz de satisfacer el espíritu sediento de formas bellas, sería verdaderamente insoportable. Y como de las Bellas Artes se derivan las suntuarias é industriales, figuraos también cuán desgraciados no serían esos mismos seres frívolos que sólo rinden culto á los goces materiales, cuando se vieran privados del mueble esculpido, del rico brocado, del mag-

nífico jarrón, de cuantos caprichos produce la cerámica; de hermosos bronce, de los mil y mil prodigios que de continuo crean las distintas industrias auxiliadas por tan fecundas madres. Medrados estarían. En los actos públicos y privados, en las grandes solemnidades, en las fiestas nacionales, cuando quisieran desplegar fausto y suntuosidad, aunque derrochasen el oro, nada podrían hacer sin el concurso del Arte: á lo sumo una corrida de novillos! Pero como á cada cual debe darse lo suyo, me apresuro á declarar que las Artes bellas propiamente dichas, no sólo no tienen la menor parte, sino que de tales pecados se lavan las manos. Se puede juzgar del mayor ó menor grado de cultura y civilización de cada pueblo, por la manera que tiene de solazarse. Afortunadamente, Dios, al dotarnos de alma, ha hecho que ésta aspire constantemente á Él. Ni es fácil que en una nación todos unánimemente tiendan á divorciarse de una aspiración tan noble y digna.

Veamos ahora cómo los pueblos desde su infancia necesitaron de las Bellas Artes para dar los primeros pasos en la senda del progreso; cómo, á medida que las cultivaron, fueron civilizándose.

Si nos remontamos al origen de las sociedades, veremos que la facultad de imitación se manifiesta en el hombre aún en el estado salvaje. Imitar es hablar á los ojos, y ha sido en todas épocas propensión humana que se desarrolla al compás de los diversos grados de cultura. En los primeros utensilios que el hombre fabrique, en cuantos objetos posea, no podrá prescindir de adornarlos á su manera

con la punta del sílex; y, cosa rara, en medio de las penalidades físicas que dé continuo experimenta, se ocupará, como recreo que le solicita y encanta, en dibujar inscientemente un sistema de ornato que tal vez nos cause asombro. El hombre hoy adornista, mañana es alfarero: después será arquitecto, porque pronto advertirá que no le basta la choza que construyó con troncos y ramas de árboles ó pieles de animales para evitar los rigores de la intemperie. Sirviéndose de materiales más sólidos, empieza á edificar; pero al hacerlo, siente la necesidad de aplicar á su obra la simetría y la ornamentación, y ya apunta el artista; ya se vislumbra el *estilo*, el cual tomará carácter en cuanto erija un monumento que sirva para recordarle hechos notables. El hombre, entonces, dejará la existencia nómada para tener residencia fija. Empieza el arte, y como resultado inmediato, brotan los primeros gérmenes de la civilización.

Ante la necesidad que siente de explicarse el origen de las maravillas de la creación, nace el sentimiento religioso, producto de la idea innata de un Sér Supremo, que ha de personificar de algún modo, y se produce el antropomorfismo, mediante el cual la plástica, y después la pintura, en vez de agentes secundarios, se transforman en órganos esenciales del Arte. Al símbolo creado hay necesariamente que darle espléndido albergue, que se distinga por su magnificencia de las moradas comunes que habita la muchedumbre; y recurriendo siempre al Arte se edifica el templo, completándose la arquitectura con sus auxiliares la escultura y la pintura. A medida que van pro-

gresando estas tres artes fundamentales, se eleva el nivel de la civilización, y acontece con los pueblos lo que con los individuos, que unos tienen mayor ó más delicada sensibilidad que otros.

En vano la India y la Asiria agotan todos los esfuerzos del propio genio en sus grandiosas creaciones: no logran ellos el objeto final del Arte. Lo mismo le sucede al Egipto, pues aunque relativamente parece que allí llega éste á su apogeo cuando los Sesóstris y los Ramsés, valiéndose de las tribus cautivas, erigen gigantescas pirámides y colosales obeliscos, sus templos, sus palacios y necrópolis, contruidos con arreglo á un mismo tipo, expresan de una manera imperfecta la unidad, primera condición de la belleza, dando como resultado la monotonía. Su escultura presenta en general la forma humana adherida al monumento arquitectónico, y la pintura queda reducida á iluminar con tintas chillonas los rígidos contornos de figuras y animales dibujados con timidez y con forma convencional geométrica.

Cierto es que la poderosa autoridad de los Faraones y la de una religión que comprime todo movimiento espontáneo de progreso, debía reflejarse en las artes, dando como resultado la inmovilidad maciza de las estatuas, porque el simbolismo convencional impuesto por la clase sacerdotal debió tenerlas comprimidas en su desarrollo estético. Mas pronto las veremos aparecer en toda su hermosa granazón en el privilegiado suelo de Grecia, rompiendo con la tradición supersticiosa, floreciendo con todo el esplendor de la civilización, y llevadas hasta el último lí-

mite por un pueblo excepcionalmente privilegiado. Atenas y Esparta aparecen en el horizonte cual dos faros luminosos. De su seno surge una constelación de grandes artistas, poetas y filósofos, que esparce vivísima luz por el mundo entero.

Dotado el pueblo heleno de un gran sentimiento estético, de las aptitudes más felices para apreciar con inteligencia y reproducir hábilmente los objetos exteriores, llevando al extremo su amor á la belleza física, no podía menos de rayar en la más alta perfección del Arte. Ya en sus tiempos heróicos, á juzgar por las descripciones que hace Homero de las armaduras de los héroes, debieron ser éstas verdadero prodigio de cincelado. Pero cuando el Arte llega á su apogeo en el siglo de Pericles, ¡qué espectáculo tan sublime nos presenta la historia! ¡Qué conjunto tan bello! Cuanto la imaginación de un gran artista pudiera soñar, llegó á realizarse en Atenas. Del mármol que en sus entrañas atesora aquella fecunda tierra, salieron las maravillas de escultura que aún nos asombran. El oro, las riquezas se acumularon en aquel rincón del Ática en poco tiempo; y como creados por encanto sobrenatural, surgieron el Parthenón, con sus columnas de blanco mármol; el Odeón, en donde debían resonar los cánticos de toda Grecia; los Propileos; el Erecteo; el Liceo; y tantas otras magníficas construcciones que se extendían desde las murallas de Temístocles hasta la cima de la Acrópolis. Unid á esto los inmensos tesoros que afluían á Atenas de todo el Oriente, repartidos con profusión por el gran Pericles entre los Fidias, Ictinos, Alcámenes, Zeu-

xis y cuantos formaron aquella pléyade de artistas que dieron nombre á su siglo, y convendréis conmigo en que, sin el poderoso auxiliar de las artes, Grecia no habría llegado jamás á tan alto grado de civilización y de esplendor.

En las fiestas nacionales que el poder organizaba, presidía siempre el Arte: así en los juegos Píticos y Olímpicos, en los que Píndaro celebraba á los atletas y Fidias exponía sus estatuas. Aquella democracia ateniense, ilustrada é inteligente, educada en la contemplación de tantas bellezas artísticas, alimentando su espíritu con las poesías de Homero y las tragedias de Esquilo y Sófocles, se entregaba sin reparo á un dueño que resumía en él sus ideales y sus necesidades, y que había hecho de Atenas la ciudad esplendorosa y sin rival, emporio de la inteligencia, asiento de la civilización más refinada. Digno de Pericles y de tan gran pueblo es el apóstrofe que dirigió aquél á sus conciudadanos en una asamblea pública, para acallar murmuraciones de los que tachaban de excesivos los gastos que hacía para embellecer la capital. "Si creéis que he gastado demasiado en erigir tantos monumentos, quedarán por cuenta mía; pero tened entendido que únicamente figurará en ellos mi nombre." El pueblo, amante como él del arte, no consintió en desposeerse de tanta gloria por unos cuantos puñados de oro. ¿Quién podrá negar que si la fama de la antigua Grecia sólo se hubiera fundado en los triunfos de sus guerreros, no se habría captado, como lo hizo, el respeto y la admiración de los siglos posteriores? ¿Qué fuera de Atenas sin el recuerdo de aquellas maravillas que hacían de la ciudad de Pa-

las el pináculo de la civilización; cuyos soberbios monumentos y estatuas son aún en nuestros días acabados modelos del buen gusto y última expresión del más delicado sentimiento de lo bello? Pues esto es igualmente aplicable á todos los tiempos y á todos los grandes pueblos. El siglo de Pericles y el de Augusto en la antigüedad; en el Renacimiento el de León X, los Médicis, Carlos V y Francisco I, demuestran cuanto queda expuesto.

Todos los genios superiores han comprendido que el Arte es uno de los ramos más importantes de las instituciones nacionales; que sin él no hay progreso ni verdadera civilización, y que debe ser objeto preferente de atención de parte de los gobiernos ilustrados. Platón y Aristóteles así lo reconocían. El último consideraba ciertos cuadros tan eficaces para corregir los ánimos pervertidos, como si fueran preceptos morales de insignes filósofos. De Grecia á Roma no media más espacio que el de una conquista. En medio de la obra de devastación de los romanos, todavía salían triunfantes las artes del pueblo vencido. Paulo Emilio, al conquistar la Macedonia, quedaba subyugado por las riquezas artísticas que encontraba á su paso; y al entrar triunfante en Roma, hacía desfilas con majestuosa ostentación más de doscientos carros cargados de cuadros y estatuas. En el horroroso pillaje de Corinto por las huestes del cónsul Lucio Mummio, puso éste el mayor cuidado en salvar las obras maestras del Arte, para que figurasen como los más preciados trofeos del vencedor á su regreso á la Ciudad Eterna, donde le estaban reservados los honores del triunfo. Extraño fenó-

meno que siempre se reproduce en la marcha progresiva de la humanidad: el conquistador de pueblos más adelantados en las artes, es moralmente vencido á su vez por los mismos á quienes vence. Grecia se traslada á Roma, y la civilización creada por el genio de sus grandes artistas, poetas y filósofos, penetra de lleno en la inteligencia del vencedor. Augusto, émulo de Pericles, reúne falange de artistas, entre los que descuella el célebre arquitecto Vitruvio, y transforma la antigua Roma de adobes y ladrillo en espléndida ciudad marmórea. Apenas puede la imaginación abarcar lo que Roma fué bajo el dominio de sus emperadores. Los templos, los arcos de triunfo, los circos surgían como por encanto. Se construían termas, cuya decoración arquitectónica era de lo más suntuoso que concebirse puede, y para ellas la escultura producía el famoso grupo de Laoconte, el Discóbolo, los Gladiadores y otras cien obras maestras. Las estatuas de mármol y bronce se alzaban á millares, y la prodigalidad de pinturas no conocía límites, como lo atestiguan aún Pompeya y Herculano. Por desgracia no debía tardar en cubrirse de espesa sombra tanto esplendor producto de las artes. Las hordas del Norte cayeron, cual torrente impetuoso, sobre la desdichada Italia, y apenas quedó huella de civilización ante el triunfo de la barbarie. Mas la semilla del arte nace espontánea, bajo distinta forma, al calor de los ardientes rayos del sol que ilumina el Bósforo. Bizancio se erige en capital del decadente imperio, y á poco brota cual nueva flor el estilo bizantino.

Ya bajo el reinado de Justiniano los arquitectos Anthe-

mio, De Trales é Isidoro de Mileto construyen la soberbia basílica de Santa Sofía. Nueva irrupción de pueblos nómadas, arrancando de los confines del Asia, invade á Constantinopla, y convierte en mezquita este preciado monumento. Otros pueblos se esparcen por el Asia menor, por el Egipto y áun por España. También en ellos vemos aparecer una nueva civilización ligada siempre al arte, quedando como imperecedero recuerdo las bellísimas mezquitas del Cairo y de Córdoba, y los soberbios palacios de Granada y Sevilla.

Pero aquello fué un relámpago cuyos esplendores iluminaron por breves instantes las tinieblas.

Triunfante la barbarie por algunos siglos, agonizante la decrepita sociedad pagana, las creencias del imperio neo-griego dominaron el Occidente, y las nuevas iglesias que pide al Arte el culto cristiano adoptan francamente la forma y las galas bizantinas. Ya en el siglo VIII se manifiesta esplendente el nuevo estilo en la basílica de San Marcos de Venecia con sus múltiples cúpulas y admirables mosaicos. Á poco impónese con maravillosa rapidez en todos los pueblos de Europa, entregados á guerras intestinas, á la devastación y al pillaje.

En esta misión providencial y civilizadora, la arquitectura dominaba cual reina absoluta entre las Bellas Artes, siendo fiel intérprete del fervor religioso que conmovía al mundo entero. Enardecidos por tal fervor, esparcíanse por do quiera, civilizando las regiones septentrionales con la humilde regla y cogulla de San Benito, corporaciones de inspirados arquitectos monjes, artistas in-

conscientes, autores anónimos de grandes construcciones, que, guiados por la fé, llevaban la vida á las desiertas comarcas abriendo caminos, edificando puentes, viaductos y monasterios. Bajo su dirección y aprendizaje se formaron luego corporaciones de seglares, que, al par que erigían castillos feudales, realizaban creaciones asombrosas como las catedrales de Chartres, de París, de Bourges, León, Toledo, Colonia, Burgos y tantas otras, y con el concurso de sus auxiliares la escultura y la pintura, elevaban á inmensa altura el arte cristiano encarnado en aquellos mismos templos, demostrando así una vez más que la civilización se refugiaba en el santuario del arte, y que éste avasallaría con sus encantos á aquellos pueblos rudos, á aquellos señores indómitos que menospreciaban todo trabajo intelectual, atentos sólo á guerrear y destruirse mutuamente. Vemos, pues, que toda la civilización de la Edad media está como encerrada y resumida en sus Artes, desarrolladas al amparo del cristianismo en los monasterios; y que el templo de Dios debe ser considerado también como templo del Arte.

Entrad en cualquiera de esas soberbias catedrales góticas, iluminada por la misteriosa luz que en ella penetra á través de sus vidrieras de esmaltados colores: los tornasolados rayos parecen perderse en lo infinito entre las esbeltas naves, cuyos términos se multiplican por efecto de los artificios de la perspectiva. Las caladas agujas, de maravillosa labor, se elevan hacia el Eterno, como suspiros del Arte por Él creado. Magníficos tapices cubren las paredes. En los altares lucen emblemáticos retablos ó trípti-

cos, cuyas místicas pinturas sobre fondo de oro infunden respeto y veneración. El coro ostenta magnífica sillería, en que el artista, precursor tal vez del gran Berruguete, ha prodigado los caprichos de su fantasía creadora, con minuciosa prolijidad. Al través de la elegante verja de hierro, trabajado cual dúctil cera por la diestra mano de ignoto artífice, admiramos los tesoros de las capillas sumergidas en la penumbra, en cuyo centro se levantan sepulcros marmóreos con majestuosas estatuas yacentes de piadosos magnates, á que el cincel de un Gil de Siloe comunicó tanta vida, que por lo mismo parecen realmente muertos; y cuando el ánimo se halla absorto en la contemplación de tantas maravillas, resuenan majestuosamente por las inmensas bóvedas las celestes armonías del órgano, dejando oír tal vez alguna sublime inspiración de Palestrina. ¿Podréis no percibir en tales momentos la corriente eléctrica que va del pensamiento humano al espíritu divino, y que nos hace caer prosternados ante el Supremo Hacedor? Aunque de ello no os deis cuenta, ¿dejaréis entonces de adorar también el Arte por Él creado, que es el escabel que nos acerca al cielo?

Portentosos resultados son estos que sólo las Bellas Artes pueden realizar. Sí; merced á las artes perdió su aspereza el feudalismo y se dulcificaron las costumbres. Las artes hicieron de una Europa semi-bárbara, una Europa civilizada y culta, porque por ellas se infiltró el buen gusto en aquella informe sociedad de señores y vasallos. Ellas les hicieron entrever la elegancia y la riqueza, deseñar los ricos arneses, trocar la tosca armadura por otras

cinceladas con exquisito gusto y embellecidas con delicadas figuras y emblemas repujados, preferir las abiertas y soleadas galerías al estilo de Italia á las lóbregas estancias de sus borges y almenados castillos. Esa tendencia á lo bello era precursora del gran siglo del Renacimiento que iba á efectuarse en Europa; siglo en el cual las artes reinaron como soberanas, avasallándolo todo. En ese siglo portentoso, el nombre de los soberanos y príncipes va enlazado al de los grandes artistas. Los Médicis de Florencia con Miguel Angel, genio colosal de triple corona. León X en Roma con Rafael; los duques de Borgoña con los Van Eyck y con Memling; Maximiliano y Federico de Sajonia con Alberto Durer y Cranach; Enrique VIII de Inglaterra con Holbein, Erasmo de la pintura, de quien decía aquel rey á un lord quejoso de las distinciones que prodigaba al insigne artista: "Sabed que puedo hacer de siete aldeanos siete lores, pero no de siete lores un Holbein". De la misma manera al nombre del gran Emperador Carlos I de España va unido el de Ticiano, y al de Francisco I de Francia el de Leonardo de Vinci, que llevó á su Fontainebleau toda una legión civilizadora de artistas italianos de mérito tan relevante como Andrés del Sarto, el Primaticio, el Rosso y Benvenuto Cellini.

Todos á porfía se apasionaban por las artes en aquellos tiempos. Cosme de Médicis concedía á los artistas más gracias y preeminencias que á los nobles, porque decía: *Lo que se adquiere por la cuna es puro efecto de la casualidad; lo que se gana ejerciendo las Bellas Artes, es gracia legítima otorgada por la Providencia.* Gregorio XIII se expresaba

de la manera siguiente en un breve celeberrimo: "Queremos singularmente proteger las Bellas Artes, y sobre todo á cuantos contribuyen al ornamento y esplendor de esta ciudad," y Sixto V lo confirmaba. Lo bello volvía á recuperar en el mundo moderno el puesto eminente que había tenido en la antigüedad. La religión y los príncipes lo conceptuaban á porfía como de procedencia divina. ¿Pueden darse ejemplos más patentes de la influencia civilizadora que en las épocas citadas, como en todas las demás, ejercían las artes y los grandes artistas? Estas batallas ganadas por las artes en provecho de la civilización, no eran obra de un hecho aislado, sino invasión que se imponía en ventaja de la cultura de los pueblos. El ejemplo venía de arriba. Europa contaba infinidad de Augustos y Mecenas, que comprendían la gran influencia que ejercen las artes en el progreso de la humanidad. Filiberto de Saboya y Carlos I de Inglaterra se disputaban á Van-Dyck; nuestro gran Velázquez vivía en la intimidad de Felipe IV, de quien recibió el encargo de pasar á Italia para adquirir no pocas de las obras maestras que enriquecen nuestro insigne Museo del Prado, y allí el Pontífice Inocencio X le elegía para que pintase su retrato, que es la más preciada joya que existe en la galería del Palacio Doria. Abusaría de vuestra indulgencia si continuara aduciendo nuevos hechos históricos en apoyo de lo que me he propuesto demostrar, y ofendería vuestra ilustración, á la que nada de cuanto he dicho es desconocido. Permitidme, por lo tanto, hacer punto en el más brillante periodo de la era moderna.

El benéfico influjo de las artes en la cultura y transformación de los pueblos de Europa, ha hecho comprender, no ya á los soberanos y magnates, sino á todas las clases sociales medianamente instruidas, que aquéllas nos proporcionan inefables goces intelectuales que elevan el espíritu apartándonos de la esclavitud de la materia.

En épocas más recientes, el apoyo aislado que los reyes ó sus privados concedían al Arte, vino á ser objeto preferente de los gobiernos; y ensanchando aquél los límites en que hasta entonces se había movido, empuñó el cetro, roto ya tantas veces por la ignorancia.

En Italia, Francia y España, se fundaron Academias que tan grandes servicios han prestado, propagando la enseñanza artística.

Ya hoy (lo veo con júbilo) esa enseñanza se extiende á la clase obrera, acudiendo millares de jóvenes aprendices á recibirla en las escuelas nocturnas, las cuales van siendo objeto de preferente solicitud de parte de los más elevados funcionarios del Ministerio de Fomento. De desear sería que también se difundiera entre los demás estudiantes, pues no me parece de escasa importancia que al enseñar á la juventud á traducir á Virgilio, ó á aprender el derecho romano, se les inicie en las obras inmortales del Arte, lenguaje universal que habla de todo, que nos cautiva más que el libro, y que nos hace percibir de una manera más palpable lo grandioso y lo bello de la naturaleza. Recordad el efecto producido por el último cuadro de un joven y ya célebre pintor español de nuestros días, "La rendición de Granada," y cuánta fué la impre-

sión que en todos produjo su muda elocuencia! Si queréis que nuestra nación prospere en su educación moral y en su industria, es necesario propagar la enseñanza del dibujo y de la música, y que esta enseñanza no se concrete como antes á algunos privilegiados de la fortuna, sino que se extienda á todas las clases sociales, sin que yo pretenda por ello que todos sean artistas. Tened por seguro que cuantos reciban en su infancia, siquiera algunas nociones artísticas, sacarán de ellas gran provecho intelectual y moral. La comprensión de lo bello nos conduce al amor de lo verdadero y de lo bueno. Además, el pueblo que sepa dibujar como sabe leer y escribir, será siempre más aventajado en los productos de su industria que el que carezca de tales conocimientos.

La educación artística opera el milagro de transformar á un pueblo. El día que en el nuestro se propaguen las escuelas de Artes y Oficios y los Orfeones, como sucede en Alemania y Bélgica, donde de continuo se reúnen millares de individuos para disputar un premio, aquel día desaparecerán los espectáculos repugnantes en que se derrama sangre, se oyen continuas blasfemias y se menosprecia á la autoridad, y que son funesta escuela de pendencias y tumultos.

Por último, señores, las Bellas Artes sólo pueden procurar placeres, mientras que la política y la guerra no nos proporcionan sino desastres. Las lágrimas que aquellas hacen derramar nacen del sentimiento de gratitud hacia el Sér Supremo que tales delicias nos concede. ¡Cuán distintas son las derramadas por la pérdida de se-

res amados muertos en lucha fratricida, ó por el hogar destruido, ó por los campos arrasados! ¡Benditas sean las artes! En medio de la satisfacción que cuantos las profesamos debemos experimentar al ver la gran influencia que hoy ejercen en todos los ramos del saber y de la industria (hasta el extremo de que cualquier objeto necesita, para merecer aceptación, revestir forma artística y de buen gusto), aún nos queda un enemigo terrible que combatir: la *moda*, la veleidosa, la caprichosa, la absurda *moda*, que, cual la filoxera á la vid, esteriliza los sanos preceptos del Arte, y es tanto más temible, cuanto mejor cuenta con el apoyo incondicional de la mitad más bella del género humano.

La moda ejerce tal dominio en nuestra imaginación, que siempre acabamos por adoptar aun las cosas más extravagantes y que más provocan á risa, llegando hasta el desvarío de ir con ellas muy satisfechos y muy orondos, convencidísimos de que somos el prototipo de la elegancia.

Figuraos, por un momento, que ante aquel Areópago griego que absolvía á Frine en gracia de la belleza de sus formas, ó en uno de aquellos torneos de la Edad media donde lucían tan primorosos trages damas y caballeros, se hubiese presentado dándose el brazo una noble pareja de la elegante corte de Luis XIV, con sus enormes pelucas á guisa de perros de aguas. Seguro estoy de que los hubieran enjaulado suponiéndolos locos, ó como á seres de una especie distinta de las conocidas hasta entonces. Jamás he podido explicarme cómo nuestras damas, de sen-

timientos tan delicados y de gusto tan exquisito para elegir los objetos que las rodean en sus elegantes moradas, sucumben al estúpido invento de algún *modisto* transpirenaico, que sin criterio artístico, y apurado por la apremiante necesidad de hallar novedades, confecciona trages que descomponen por completo las proporciones del cuerpo, desfigurándolo con engañosas armazones, obra del más depravado gusto.

El bellissimo contorno del cuello y cabeza de la mujer, tan airoso cuando va envuelto con la graciosa mantilla y adornada con olorosa flor, se ve cortado y descompuesto por esos descomunales sombreros, cuyas estrambóticas y apabulladas formas parecen resultado del choque de un tren. Con semejante atavío queda un lindo rostro metido dentro de un túnel ó asomando por debajo de una teja. La pura línea que describe la fina cintura con la ancha cadera, sufre lento martirio desde la infancia por medio de un apósito que han osado llamar *corsé higiénico*, en virtud del cual se van oprimiendo poco á poco las falsas costillas hasta cruzarse unas con otras, especie de trituración mediante la cual se exhibe á los diez y ocho años un talle de avispa; y por complemento de tanto absurdo, un calzado con tacones como zancos, obliga á las mujeres á andar continuamente de puntillas. Me diréis que predico en desierto y hasta os reiréis de mi osadía en criticar las extravagancias de la moda; pero por tal camino tened presente que hasta las mayores aberraciones quedan justificadas. Las damas japonesas se doran los dientes, y en otras partes la moda es pintarlos de negro.

En Groenlandia se pintan la cara de azul y de amarillo, mientras que en Europa no se ha pasado del blanco y carmín. Un pequeño pié de mis lindas compatriotas resulta ordinario y vulgar en China, donde la suprema distinción consiste en tener pezuñitas de cabra. En fin, señores, ¡qué más! hasta se cambia el color del pelo: una morena picante se convierte de la noche á la mañana en rubia esponja, revelándose de tal modo contra el Supremo Hacedor de todo lo creado. Pues bien; el día que un sano criterio artístico predomine en todas las clases sociales, se regenerará el buen gusto basado en lo sencillo y en lo natural, sin la vana pretensión de corregir con ridículos artificios la maravillosa obra de la naturaleza, en quien eternamente se inspirará el Arte. Con razón decía el inolvidable Moreno Nieto, que el Arte es purificador. Él levanta y regenera, no con preceptos austeros, sino enamorando el alma con el sublime esplendor de la belleza. Por eso su misión es tan grande en lo presente y será tan augusta en lo porvenir.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. MANUEL CAÑETE

SEÑORES:

Quien como yo conozca y trate desde hace muchos años á nuestro nuevo compañero el Sr. D. Benito Soriano Murillo, habrá necesariamente de convenir en que la sinceridad es una de las nobilísimas prendas que le distinguen. Y sin embargo, nos ha dicho en esta solemne ocasión tales cosas, que acaso no falte alguien que lo ponga en duda. El que así lo hiciere será injusto, y dará muestras de no ver más que la superficie de lo que se ofrece á sus ojos.

Aunque se haya dicho y repetido que los refranes son *evangelios en miniatura*, suele acontecer muchas veces que pensando mal no se acierta. Con profunda convicción puede uno juzgarse inhábil para escribir un discurso, y al poner manos á la obra, embargado por el temor nacido de tan equivocada creencia, encontrarse con que insensiblemente lo va imaginando y realizando del modo que acabáis de oír. No es, pues, mero artificio retórico desnudo de sinceridad el que ha hecho prorrumper al nuevo

académico en lamentaciones y salvedades. Él cree de buena fe que por no haberse consagrado asiduamente al cultivo de las letras carece de las condiciones peculiares del escritor. Pero como el talento verdadero consigue siempre resplandecer en todo aquello á que se aplica, el de nuestro digno compañero ha logrado salir airoso en empresa que le parecía punto menos que irrealizable, á pesar de la modestia con que desconfiaba de sí propio, ó acaso por eso mismo.

El Sr. Soriano Murillo comenzó muy joven su carrera. Á los diez y nueve años de edad abandonó á España, sediento de terminar y perfeccionar sus estudios de pintor en la capital del mundo católico, centro entonces, y todavía, de las mayores grandezas artísticas. Allí, á la sombra de aquellos admirables restos de la antigüedad, ornamento aún de la Roma de los Césares, testimonio elocuentísimo del gran poder de un pueblo que dilató sus conquistas por varias naciones, avasallándolas y sujetándolas al carro de sus victorias; entre las maravillas acumuladas un siglo y otro por la generosa piedad del orbe cristiano en la augusta Roma de los Pontífices, foco inextinguible de viva luz en cuantas esferas de conocimiento puede abarcar el humano espíritu, allí nutrió el suyo nuestro compañero en las buenas máximas, y templó su inspiración al calor de los portentosos modelos del arte con que distintas civilizaciones han ido ilustrando y enriqueciendo aquel emporio de toda inmortal belleza.

En los seis años que permaneció en Italia, de quien los demás países cultos de Europa recibieron pródida ense-

ñanza en las más arduas disciplinas, y muy especialmente en cuanto se relaciona con las artes del dibujo (así en el turbulento periodo de la Edad Media, como en los gloriosos días del Renacimiento y en tiempos recientes), Soriano Murillo concibió y llevó á cabo algunas de las obras más notables de su pincel. Injusto fuera no recordar, en hora tan fausta para nuestro amigo, cuánto llamó la atención de aficionados é inteligentes en los salones de esta Academia, donde estuvo expuesto (cuando aún no se celebraban exposiciones nacionales ni se otorgaban premios á las obras artísticas que se sometían á la consideración del público), el hermoso *Idilio virgiliano*, cuadro de grandes dimensiones ejecutado en Roma, y donde el pintor, embebido en el espíritu de la musa clásica é interpretando felizmente la inspiración con que en la primera de sus églogas exclamaba el cantor de Eneas:

«.....*Tu, Tityre, lentus in umbra
Formosam resonare doces Amaryllida silvas,*»

supo realizar con acierto una de aquellas composiciones pictóricas que Ticiano denominaba *poesías*. En ella vemos efectuado lo que decía Lessing al discurrir *sobre los límites respectivos de la poesía y de la pintura*; esto es, que en ciertos casos el artista consigue mayor lauro en imitar la naturaleza interpretándola con arreglo á la mente del poeta, que en copiarla directamente. Pero como ni en ese ni en ningún caso le es dado á quien cultiva el arte dejarse llevar de su fantasía abstrayéndose por completo de la

realidad, so pena de amanerarse y perderse, el pintor buscó en la naturaleza misma elementos bellos con que expresar en forma visible el poético pensamiento de Virgilio.

Y ved, Señores, cómo el nuevo académico dió á conocer desde sus primeros pasos en el ameno campo de la pintura, no sólo el ingénito buen gusto que le realza, sino su elevada manera de apreciar y de practicar el arte. Seguro estoy de que el *Idilio virgiliano*, que es tal vez la mejor obra del autor, habría obtenido una primera medalla, si las exposiciones públicas de aquel tiempo se hubiesen regido por las disposiciones adoptadas posteriormente para estimular á los artistas.

Después de un corto viaje por Alemania y Bélgica, donde en este siglo ha tenido la pintura cultivadores de mérito relevante, nuestro compañero se estableció en París. Allí permaneció dos años consecutivos, estudiando la marcha y desarrollo del gusto en los maestros contemporáneos; porque Francia representaba á la sazón el primer papel entre las naciones europeas, tanto por el predominio de su política y de sus ejércitos, cuanto por ser el centro á donde afluían en busca de aplausos y de lucro famosos literatos y artistas de todos los demás países. En aquella época imaginó y trazó Soriano *El suspiro del Moro*, cuadro que vino á terminar en España, tras largos meses de tenerlo casi en olvido, y que obtuvo el segundo premio en nuestra Exposición nacional de 1856.

Soriano obtuvo premio nuevamente en la de 1858, por su hermoso *Retrato de cuerpo entero del Excmo. Sr. Duque*

de San Lorenzo, en el cual dió muestras de gran aptitud para sobresalir en este difícil y escabroso ramo de la pintura.

Ni fueron las suyas menos apreciadas que entre nosotros en la Exposición franco-española celebrada en Bayona, á donde llevaron bizarros frutos de su inspiración pintores esclarecidos de nuestra España y de allende el Pirineo. En ella recompensaron con medalla de plata el lienzo denominado *La cita*, diverso en índole de los ya mencionados, como perteneciente á la clase de los que ahora se llaman, con notoria y lamentable impropiedad, *cuadros de género*.

El carácter propio de cada una de las susodichas obras, dignas todas ellas de la estimación y de las recompensas honoríficas tan justamente otorgadas á su autor, al par que atestigua la flexibilidad del talento que supo crearlas, manifiesta la buena dirección y solidez de los estudios pictóricos del nuevo académico. Lo mismo el *Idilio virgiliano* que *El suspiro del Moro* y el *Retrato del Duque de San Lorenzo*, corresponden á los géneros más elevados de la pintura, sea cualquiera la opinión que hoy tengan algunos acerca del valor é importancia artística de los retratos.

Y ya que he tocado este asunto, escogido para su discurso de recepción en nuestra Academia por uno de los más insignes retratistas españoles del presente siglo, permitidme dar rienda á los sentimientos del alma deplorando aquí la pérdida, sensible por muchos conceptos para esta ilustre Corporación y para cada cual de sus doctos individuos, del amigo inolvidable, del profesor bene-

mérito, del egregio artista, del hombre recto y generoso, de D. Ignacio Suárez Llanos, arrebatado á la patria y á la gloria en la fecunda madurez de sus excelentes facultades, sin habérsele logrado la dicha, que tanto anheló y que le concedísteis tan noblemente, de sentarse entre vosotros. Él habría puesto á su verdadera luz las especiales condiciones de un género de tanta valía, determinando el lugar que le corresponde entre cuantos constituyen los vastos dominios de la pintura. Su sagaz entendimiento y sólidos estudios habrían sabido patentizar cumplidamente que retratar al hombre, no sólo conservándole su aspecto exterior, sino infundiendo en la figura pintada la interna luz del espíritu que le anima y caracteriza (cosa que él supo hacer como pocos pintores de nuestra época), es uno de los mayores tómbres del arte; y que por haberlo realizado, descifrando é interpretando fielmente el secreto de la naturaleza, viven y vivirán en la admiración del mundo, como elevada expresión del poder artístico, los admirables retratos de Ticiano y Velázquez, de Sánchez Coello y de Rubens, de Van-Dyck, de Rembrandt y de Goya.

El del *Duque de San Lorenzo* á que antes me refería, pintado en las tradiciones propias del estilo de un maestro cuyo exquisito gusto reconocen hasta los mismos envidiosos de su valer, y que dichosamente existe aún honrando á España y á esta Academia, llamó la atención de todos, conocieran ó no al ilustre procer retratado, porque el artista había conseguido trasladar al lienzo las facciones y el alma de su modelo; porque había sellado su obra con el sello hermoso del buen gusto y de la verdad, de suyo

tan elocuente y persuasiva, que basta por sí sola para acreditar la realidad ó hacer comprender la exactitud hasta de aquello que desconocemos ó ignoramos.

Interpretar con gallardía por medio de líneas y colores los encantos de la naturaleza y el sentimiento poético de un Virgilio, trasladándose imaginativamente á la edad de oro, adivinando su atractivo y dando sér y realidad humana á la belleza puramente ideal de la vida pastoril soñada por los antiguos poetas clásicos; penetrar en el corazón de las edades que fueron, para arrancar á los anales de la patria personajes de la época más gloriosa en nuestra historia nacional y presentarlos en el lienzo con la propiedad y exactitud del erudito y del arqueólogo; traer á la memoria, mediante bien imaginada y dispuesta composición, aquella dolorosa escena en que Boadil, último rey moro de Granada, vuelve los ojos desde las alturas del Padul á la que fué corte de su imperio, y exhala hondo suspiro pensando que ya no ha de volver á verla; avivar así el dulce recuerdo de la memorable era de hazañas en que el aliento generoso y viva fé de la más grande de las reinas, sin rival en los fastos del mundo, puso fin á la epopeya gigantesca, á la heróica pugna de ocho siglos, hundiendo para siempre á orillas del Darro y del Genil el poder de la media luna, y clavando la cruz redentora sobre las torres de la Alhambra; valerse de la inspiración para conmemorar sucesos de tanta magnitud y trascendencia en la historia universal, carísimos al sentimiento religioso y patriótico de los españoles; y hacerlo, no por ciego impulso de fanática patriotería, ni por mendigar aplauso inte-

resable halagando las ideas ó propensiones de tales ó cuales sectarios, y menos aún con el torpe afán de vilipendiar al vencido, sino al calor de sentimientos hidalgos, procurando excitar compasión hacia la desgracia de los islamitas arrojados del hogar nativo, buscando la belleza por el camino de lo que realza y ennoblece, con fines propios de la índole especial y de las naturales condiciones del Arte, es dar muestras de haberlo tomado por lo serio, de no querer bastardearlo convirtiéndolo en instrumento servil de impurezas ó fruslerías.

Hasta en aquellas obras, como *La cita*, destinadas á representar cuadros de costumbres ó escenas de la vida real y ordinaria, Soriano Murillo ha procurado inspirarse en el estilo de los grandes maestros y seguir sus huellas, tratando con cierta elevación de forma hasta lo más trivial y común; sistema de que se apartan, en mengua propia y de la dignidad del Arte, casi todos cuantos hoy cultivan entre nosotros los géneros secundarios de la pintura. Este ardiente amor á lo bello creado por el ingenio del hombre en las diversas esferas de la inspiración artística, luz y guía de nuestro compañero, y testimonio irrecusable de su delicada manera de pensar y sentir, aumenta el dolor de que abandonase los pinceles tan á deshora para consagrarse á las asiduas tareas del profesorado en la Escuela superior de Pintura, donde obtuvo por oposición una cátedra que regentó durante siete años consecutivos, con su acostumbrada puntualidad y con no escaso provecho de los alumnos.

Soriano Murillo ha tenido siempre concepto muy ele-

vado del valor intrínseco de las Bellas Artes y de su importancia y trascendencia. Si no se viese claro en el carácter distintivo de sus pinturas, lo pondría de manifiesto la materia elegida para el discurso que nos ha leído en esta solemne ocasión. Quien de un modo ú otro se ha consagrado siempre con particular empeño al arte y á cuanto tiene relación con él, ya pintando cuadros ó enseñando los principios y reglas en que aquel se funda; ya desempeñando cargos como el de Subdirector del Museo Nacional ó el de Oficial del negociado de Bellas Artes en el Ministerio de Fomento; ahora contribuyendo, á título de jurado, á determinar y recompensar el mérito de los artistas en certámenes públicos españoles; ahora interviniendo de igual modo en los internacionales (como el abierto en la *Exposición universal* celebrada en París el año de 1867), no podía menos de discurrir en el acto de su recepción académica sobre lo que llena su alma y constantemente le solicita.

Ya habéis podido apreciar con qué lucidez y cordura, con cuánta elevación y elegancia (aunque hayamos de convenir, por darle gusto, en que su nutrida y amena disertación no ha traspasado en lo más mínimo el límite de sencilla *plática familiar*) expone Soriano las razones en que apoya su arraigada creencia de que las artes han ejercido y nunca dejarán de ejercer influencia eficacísima en la civilización de los pueblos, de donde nace hasta cierto punto la importancia que las avalora. Añadir algo á lo que él dice para demostrar la profunda exactitud de su tesis, fuera redundante y enojoso. No temáis, pues, que fatigue

vuestra atención repitiendo lo que tan bien ha expresado mi buen amigo.

Bien sé yo que personas doctas y discretísimas se figuran que harían un papel desairado si, hallándose en el caso en que ahora me encuentro, no echasen su cuarto á espadas sobre el mismo tema desarrollado en el anterior discurso, como diciendo á las personas que se dignan honrar estas juntas públicas.—¿Han visto ustedes cuánto sabe, con qué tino discurre y cuán felizmente se expresa el nuevo académico? Pues ahora verán que yo no le voy en zaga.—Á mi juicio no es ese el verdadero punto de mira. Porque una de dos: ó el primer disertante ha tratado bien el asunto, y entonces no hay para qué tratarlo de nuevo; ó ha expuesto su pensamiento imperfectamente, en cuyo caso podría creerse que la ampliación ó rectificación de sus argumentos le desautorizaba ante los circunstantes, en los momentos destinados á agasajarlo y recibirlo con fraternal cordialidad.

Esta consideración, de la que fuera injusto desentenderse, me ha trazado el camino que debía seguir para desempeñar el honroso encargo de dar en vuestro nombre la bienvenida á tan estimable compañero. El favor que me ha dispensado vuestra bondad al designarme para efectuarlo, añade quilates á la gratitud de que os soy deudor; no solamente por lo que me enorgullece y lisonjea llevar aquí la voz de Corporación tan ilustre como la Real Academia de San Fernando, sino también por tratarse de quien se trata. ¡Qué inmensa desventura la de aquellos á quienes son indiferentes la felicidad y los triunfos de sus

amigos! ¡Qué dicha tan grande gozar con el bien y la gloria de los que amamos, y compartir sus alegrías!

Si por la calidad del fruto se ha de apreciar la del árbol que lo produce, por lo que Soriano acaba de exponer ante vosotros podéis conocer su buen sentido, y cuán útil ha de ser en nuestra Academia quien piensa tan rectamente y no vacila en condenar á la faz del mundo los caprichos y desvaríos á que rinde homenaje la multitud. Tiene razón el nuevo académico: “La *moda* ejerce tal dominio en nuestra imaginación, que siempre acabamos por adoptar aun las cosas más extravagantes y que más provocan á risa.” La *moda*, por lo común nociva ó ridícula en la vida social, rara vez deja de ser deletérea ó afrentosa en las regiones artísticas. ¿Ni qué moda más enemiga del progreso intelectual en sus varias manifestaciones, que la actual *charlopesía*, enfermedad de síntomas mortales, que amenaza ahogar la verdadera civilización y cultura de los pueblos en un mar de palabras ociosas? No os figuréis, porque esto digo, que voy á contradecir mis anteriores indicaciones hablando aquí sobre uno de los puntos á que se refiere el discurso de Soriano. Sin incurrir en contradicción de ninguna especie ni volver á tratar de lo que ya ha sido expresado según cumplía, cabe esforzar el argumento, ó mejor dicho, aplaudir la idea y mostrarse conforme de todo punto con quien tan oportunamente la ha concebido y desenvuelto.

Estableciendo para objetos determinados una especie de pauta fija que sirva como de patrón al que se han de acomodar todos, la moda contraría el legítimo impulso

de la inspiración individual, espontánea y libre; engendra las mayores monstruosidades; abre paso á los amaneramientos más absurdos. Ahí están, para comprobarlo, las desvariadas combinaciones de la ornamentación churrigüesca, que logró generalizarse y despotizar el gusto en la mayor parte de Europa. Pero hay una moda todavía más perjudicial y trascendente que la que influye en la forma externa de los productos del arte; y es, la que inficiona las corrientes del fundamento y esencia de las obras que él crea, convirtiéndolas en instrumento de ciegos errores, en bastarda expresión de aquellos hombres ofuscados ó pervertidos que voluntariamente se despojan de vida espiritual. Unámonos, pues, á nuestro digno compañero para combatir con fervoroso entusiasmo contra la grey materialista que degrada su propio ser renegando de toda ideal belleza. No olvidemos las expresivas palabras en que el nuevo académico nos asegura que cuando un sano criterio predomine en las distintas clases sociales se regenerará el gusto cimentado en lo sencillo y natural, sin la vana presunción de corregir con artificios ridículos la maravillosa obra de la naturaleza, en quien el Arte se inspirará eternamente.

HE DICHO.

